

CRISTINA REDONDO



# CLANDESTINA

CALIGRAMA

# CLANDESTINA

CRISTINA REDONDO



## **Clandestina**

Primera edición: 2019

ISBN: 9788417321208

ISBN eBook: 9788417505844

© del texto:

Cristina Redondo

[www.redondocristina.com](http://www.redondocristina.com)

[info@redondocristina.com](mailto:info@redondocristina.com)

© fotografía de la autora:

Victor Soto

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2019

[www.caligramaeditorial.com](http://www.caligramaeditorial.com)

[info@caligramaeditorial.com](mailto:info@caligramaeditorial.com)

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a [info@caligramaeditorial.com](mailto:info@caligramaeditorial.com) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mis padres y a mi hermana,  
por estar siempre junto a mí*

«Nothing lasts forever. Neither laughter nor lust, even life itself.

Forever, no. So we took the most juice to what we have...

Let's face the facts: life is a zero sum game and it is through politics

that decide who wins and who loses.

And we like it or not, we are all players...».

Michael Dobbs, *House of Cards*

«Men injure either from fear or hatred».

Niccolò Machiavelli, *The Prince*

## 1

Irina Paulova tenía más ganas de matar que nunca. Apretó la Makarov con todas sus fuerzas contra la sien de César Rivelles. El informe que había leído minutos antes sobre el veterano político, con todas esas imágenes de sus crímenes, le bombardeaban la cabeza y la inundaban de ira y odio. Sería un motivo de orgullo enviar al otro barrio a ese viejo.

Con sus trabajos, Irina quería saldar cuentas. Matar le ayudaba a serenar el dolor que aún sentía por la muerte de su familia, asesinada brutalmente en Rusia años atrás. Había buscado a los asesinos durante mucho tiempo y aún no había dado con ellos. Sin embargo, aprovechaba cada día para perfeccionar su técnica preparándose para cuando llegara el momento. Sabía que tarde o temprano llegaría.

Por sus habilidades, a Irina solían asignarle trabajos tan exigentes como el de Rivelles: era perfecta matando, porque había sufrido tanto dolor que apenas sentía empatía o compasión por sus objetivos. Cuando se topaba con un hombre cruel y corrupto como Rivelles, sacaba a relucir su propia vena sádica, sobre todo en

esos momentos en los que era necesario tener sangre fría.

Sin embargo, César Rivelles ya no se dedicaba a violar chicas sometiéndolas y degradándolas sin piedad. El informe que Irina había leído relataba hechos acontecidos años atrás: el joven violador era ahora un anciano y no le hacía daño a nadie, por lo menos no daño físico. Por supuesto, seguía robando a cuatro manos, burlándose del sistema que él mismo había instaurado durante su gobierno, al amparo de una legislación que le permitía hacerse cada día más rico. Pero, con el tiempo, había acabado disfrutando del dolor que él mismo solía infligir. La vida cambia la perspectiva del placer. Ahora, solo sintiendo dolor conseguía disfrutar. «Estará tratando de limpiar su alma», había pensado Irina al leer el informe. Muchos deseaban que, tras su muerte, se fuera a las calderas más ardientes del infierno.

Un viejo amigo que conocía sus preferencias más íntimas le había recomendado a César los servicios de Irina Paulova, a sabiendas de que sería su último deleite. Para ella, era un encargo ideal: odiaba a los hombres que se aprovechaban de su rango para pisotear a los más débiles, sobre todo cuando habían alcanzado ese rango con negocios sucios y corruptelas, abusando y engañando a esa misma sociedad que les confería un trato de distinción. Asesinarlo, bajo la falsa identidad de una puta de lujo, completaba aquel dulce cóctel de placer, dinero y deber.

Rivelles contempló temblando a aquella mujer escultural que, sobre unos tacones de vértigo, desplegaba su voluptuosidad a través de la lujuriosa lencería

negra. Un instante antes Rivelles ardía en deseos, pero ahora la chica sexy y guapa empuñaba una pistola. Se quedó frío, pálido de miedo. «Puto viejo verde», pensó Irina y sonrió al detectar el terror en sus ojos. Era el instante que más disfrutaba: justo cuando sus víctimas, casi a punto de correrse, pasaban a casi palmarla de miedo en milésimas de segundo. No, Rivelles no había contratado a una puta cualquiera. Estaba pagando a la gran puta que acabaría con su vida.

En un último destello de inteligencia, César dejó de resistirse y se abandonó a la sensación de aquellos pechos torneados, tan bien definidos, que presionaban contra su espalda.

—Buen viaje, viejo cabrón —le susurró Irina con su marcado acento ruso, y apretó el gatillo.

La bala atravesó el cráneo y la sangre brotó roja e intensa. Irina sintió un placer casi sexual, pero al momento reculó para no mancharse. Observó luego el cadáver del que un día fuera presidente. Una vez más, había hecho justicia. Con un poco de paciencia, podría hacerla también con los asesinos de sus padres y su hermano pequeño.

Se ocupó de limpiar, fría y meticulosa, cualquier huella suya. Con sus guantes de médico cambió todo de lugar y sacó una segunda Makarov PM. La colocó en la mano de Rivelles para que ni la familia ni los forenses tuvieran duda alguna: el idolatrado expresidente había decidido poner fin a su historia, abrumado por el esfuerzo de seguir ocultando la cara oscura de su antiguo gobierno, por el peso de tantos crímenes, martirizado por la voz de su consciencia.



Una hora más tarde, felina como ella sola, Irina Paulova recorría los pasillos del aeropuerto de Barcelona en dirección a su jet privado. Su próximo destino: Venecia.



Mientras el jet remontaba el vuelo, echó una mirada al *skyline* de Barcelona. Recordó aquel día ya lejano en el que había llegado de vacaciones a la ciudad con su familia. Habían paseado juntos por las Ramblas. Misha, su hermanito, contemplaba encandilado los puestos de periódicos y suvenires de Colón y correteaba a las palomas riendo a carcajadas. Sus padres iban cogidos de la mano como dos enamorados. En el aeropuerto les habían perdido las maletas, pero aún sin ellas allí estaban, disfrutando de las vacaciones. Eran los cuatro tan felices... Ahogó un suspiro y se limpió una lágrima involuntaria. Sintió una vez más el nudo del dolor cerrándose dentro de su cuerpo. Un nudo que apretaba cada vez más fuerte y no la dejaba respirar tranquila.

Allí estaban los tres otra vez. Su padre. Su madre. Misha. Tendidos en el suelo de su casa, en medio de un charco de sangre. ¿Quiénes los habían asesinado? ¿Y por qué? Al cabo de años de averiguaciones aún no lograba encajar las piezas del puzzle. Sólo conseguía piezas independientes que no tenían nada que ver la una con la otra. Al menos de momento, no veía nada claro. ¿Qué relación podía existir entre su familia y una sociedad secreta de asesinos?

Cuando había pasado todo ella aún era muy joven. Sin embargo, sabía que su padre había sido un hombre trabajador, muy devoto, que no solía meterse en problemas. A su madre la recordaba callada, también

trabajadora y devota... Aún retumbaba en su cabeza la voz rota de su padre, suplicándoles, jurándoles que se equivocaban. El grito desgarrador de su madre. El silencio de Misha.

Ella se había salvado escondiéndose en un armario, pero lo había oído todo. Una y otra vez, el recuerdo de esa noche volvía a torturarla. Solamente quería matar, eliminar, aniquilar todos aquellos hijos de puta que le habían arrebatado lo que más quería en la vida.

El momento llegaría, sí. Un día, ella haría justicia.

## 2

Venecia despertaba de su letargo nocturno y se despedía de la niebla con timidez. Las palomas jugueteaban en las ventanas de los *palazzi* a orillas del Gran Canal. Tras la fachada de uno de esos edificios, restaurado como aparente hotel de lujo, funcionaban las oficinas del Centro Internacional de Inteligencia (CII) dirigido por Eleanore Taylor. O como la llamaban sus amigos y sus más estrechos colaboradores: Lea.

Lea era una de las agentes secretas más reputadas del sector. Desde muy joven, había trabajado al servicio de monarquías, gobiernos y magnates del mundo empresarial. Alcanzó tal nivel de excelencia en su trabajo que sus compañeros y los jefes de sus compañeros la llamaban para formar a otros agentes y eso la llevó a crear el Centro Internacional de Inteligencia, una entidad privada que, además de ofrecer servicios de inteligencia, formaba agentes secretos en su propia escuela al norte de Belfast. A menudo, las misiones que le encargaban las llevaban a cabo sus reclutas más brillantes.

Entre esos reclutas figuraba Ingrid Freya, hija de dos policías de élite que habían tenido mandos de responsabilidad en los cuerpos de seguridad del Estado español. Había crecido entre policías, detectives y abogados, y desde pequeña quería ser investigadora privada. Lea la contrató primero para un caso, como investigadora privada, y luego la animó a acabar de formarse en Irlanda como agente del CII. Desde entonces, era una de sus más estrechas colaboradoras.

Ingrid había llegado la noche anterior de Belfast, a donde acudía entre caso y caso para reciclarse y entrenar. Se había registrado en el hotel como una turista más, siguiendo el protocolo de las agentes del CII, y había resuelto tomarse la mañana libre. A mediodía, el secretario de Lea le había programado una reunión con su jefa.

Se desperezó despacio en la cama, disfrutando del pequeño gran placer que significaba despertar en Venecia. Los rayos del sol se colaban por la ventana y, en la distancia, alcanzaba a oír los ecos de las campanas de San Marcos. Alguien llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, deslizó una tarjeta por la ranura y entró con un carrito de comida. Era el mayordomo personal de Lea, que cuidaba de sus agentes más cercanos cuando estaban en el Centro. Dejó el desayuno al lado de la cama y se marchó sin decir palabra. Ingrid acabó de incorporarse y devoró las tostadas, planeando ya el paseo que daría por los callejones venecianos. Se dio una ducha rápida, se vistió con ropa informal y salió a Venecia.

Caminó por la calle Larga XXII de Marzo, mirando los gondoleros del Campo de San Moisés. No eran una

novedad para ella, pero siempre se quedaba embobada viéndolos llegar a bordo de sus góndolas magníficas, gastándose bromas. Pasó luego por delante del Hotel Saturnia y de las numerosas tiendas de lujo, se detuvo a contemplar el escaparate de alguna galería de arte, dobló a mano izquierda por un puente pequeño, uno más de los muchos que unían las callejuelas. Enfiló hacia el mercado de Rialto entre pequeñas joyerías de vidrio soplado de la vecina isla de Murano, boutiques de marroquinería, alguna pastelería y varios bares repletos de turistas desayunando.

El puente de Rialto estaba abarrotado de gente tratando de hacerse *selfies* con el fondo del Gran Canal. Ingrid subió las escaleras centrales y pasó de largo, sin ganas de pelearse por un sitio con esa multitud hambrienta de fotos. Se internó en el colorido mercado por el Campo de la Pescaría, como siempre que venía a la ciudad. Le encantaba perderse por entre los puestos de verduras y la zona del pescado, con su eterno bulli-cio y sus gaviotas del tamaño de un caniche. Llegó finalmente a una plaza llena de mesitas donde los turistas se mezclaban con los trabajadores locales. Desde lejos, le pareció reconocer a su viejo amigo Piero.

Piero trabajaba también para Lea en el CII. Habían coincidido por primera vez como infiltrados en un caso para el Parlamento Europeo. Había sido una de las primeras misiones de Ingrid en el ámbito político y Piero, que tenía más experiencia, le había enseñado mucho. Con el tiempo, ella se había acostumbrado a pedirle consejos sobre cómo moverse, sobre todo en Barcelona, donde él había trabajado durante años. Era como un hermano mayor al que siempre podía acudir.

Comprobó que era él y, para asegurarse de que no estaba trabajando, le preguntó en un italiano muy turístico

—*Excusi... ¿per andare a la Salute?*

Piero se giró al reconocer su voz y soltó una carcajada.

—*Non sto al lavoro adesso.*

No estaba trabajando, por suerte. Se fundieron en un gran abrazo.

—Pero ¿qué haces aquí? —le preguntó él algo sorprendido—, ¡ah!, espera... ¿te ha convocado Lea?

—Sí, yo tampoco sabía que estabas aquí, no te he visto esta mañana por casa...

Era así como los agentes se referían a las oficinas centrales del CII.

—Estoy en casa de mi familia. —Piero era un veneciano auténtico y su familia disponía de un palacete en el Dorsoduro donde él y sus hermanos solían quedarse cuando estaban en la ciudad—. Me alegro mucho de verte, Ingrid, pero ¿estás en un caso en Italia?

—No lo sé aún, acabo de llegar, precisamente Lea me ha convocado a una reunión a mediodía.

Piero hizo un gesto extraño.

—Ah.

—¿Nos vemos luego?

—Sí, lo intentaré. La verdad es que estoy bastante liado estos días.

De repente, Piero guardaba distancias. Ingrid podía percibirlo enseguida, al cabo de tantos años de amis-

tad.

—Ok, estaré en el CII por si encuentras un hueco para quedar.

—*¡Ci vediamo, bella!*

—*¡A presto, caro!*

El encuentro inesperado la dejó confusa. Algo en la reacción de Piero no encajaba, no era propio de él. Siguió paseando por la parte trasera del Dorsoduro y caminó a lo largo del canal de la Giudecca, donde los restaurantes ponían ya manteles para el servicio del mediodía. Desde la Punta della Dogana, contempló a lo lejos el CII. Más allá estaban San Marcos, el Campanile y, del otro lado, San Giorgio Maggiore.

Como siempre, miraba a Venecia con ojos de enamorada. Hasta los destellos del sol en el agua le parecían de una belleza exquisita. Se sentó unos momentos en la escalinata de la Salute y volvió a pensar en la curiosa reacción de Piero. ¿Por qué se había mostrado tan distante de un momento a otro? Volvió sobre sus pasos hasta la parte trasera de la Academia y cruzó el puente. Para cuando entró de nuevo en el CII, había llegado a una conclusión: Piero sabía algo que ella no sabía.



Lea había ubicado las oficinas del CII en la última planta del hotel. Su despacho era de estilo minimalista, blanco y espacioso, equipado con lo último en tecnología digital. Esa mañana, estaba trabajando sentada en el gran sofá de piel blanco. A su lado tenía su inseparable taza de té. Abandonó los expedientes confidenciales que estaba revisando cuando su secretario le anunció la llegada de Ingrid.